IX.

Crecia, no obstante, cada vez más aquel sentimiento en mí y en ella. Siempre que pasaba yo parte de la noche á su lado, y acompañaba á su familia hasta el torrente, en cuyas márgenes se alzaba la casa de su padre sobre un peñasco, me parecia que me arrancaban el corazon y que lo encerraban con ella en aquellos espesos muros y bajo aquella pesada puerta. Regresaba luego á pasos lentos, sin seguir sendero alguno, á través de los sotos y de los prados, volviéndome sin cesar, para mirar otra vez destacarse en el firmamento la sombra de las altas paredes, y dándome por feliz si veia brillar una ténue luz en la ventana de la alta torrecilla que dominaba el torrente, y en la cual sabia yo que Lucy acostumbraba á leer antes de acostarse.

Todos los dias me encaminaba, con un pretesto cualquiera, hácia aquel lado del valle, con la escopeta debajo del brazo y seguido de mi perro. Pasaba horas enteras dando vueltas alrededor del antiguo edificio, sin oir otro ruido que los ladridos de los mastines que ahullaban de alegría brincando alrededor de su jóven ama, ni ver otra cosa que el humo que se desprendia del techo hácia el cielo gris. A veces tambien la divisaba á ella, que con un vestido blanco, apenas sujeto al cuello, abria su balcon á la luz matinal ó al viento del Mediodia; colocaba un tiesto de flores sobre el poyo para que la planta encerrada respirase el aire del cielo, ó suspendia de

un clavo la jaula de gilguero, que la besaba los lábios por entre los alambres.

Algunas veces permanecia tambien allí largo espacio, de codos en el antepecho, contemplando el espumoso torrente y las nubes que corrian, y sus hermosos cabellos negros caian hácia fuera, y eran azotados contra la pared por el viento de invierno. No sospechaba que una mirada amiga seguia desde el borde opuesto del barranco todos sus movimientos, y que una boca entreabierta procuraba reconocer en el sabor del aire las oleadas de viento que habian tocado sus cabellos y llevado su aroma hasta los prados.

Por la noche decíala con timidez que habia pasado frente á su casa aquel dia; que á tal hora la habia visto regar su planta; que á tal hora habia sacado la jaula al sol; que se habia quedado meditando un momento en el balcon; que luego habia cantado ó tocado el piano; y que, por último, habia cerrado la ventana, quedándose largo tiempo inmóvil junto á ella, como quien está leyendo.

X.

Ruborizábase al ver que yo observaba tan atentamente cuanto hacia, y al pensar que una mirada invisible espiaba sus miradas, sus pasos y sus movimientos, hasta en lo interior de su torre, donde sólo de Dios creia ser vista; pero no parecia significacion alguna de particular adhesion á semejante vigilancia de mi pensamiento.

—Y vos, me preguntaba con un interés sensible en la voz, aunque encubierto por aparente indiferencia, ¿qué habeis hecho hoy? Jamás osaba contestarla: «Pensar en vos.» Y así prolongábamos esa deliciosa indecision de dos corazones que comprenden que se adoran, pero que no se atreverian nunca á decírselo con los labios; su silencio y su emocion lo dicen por ellos.

Ossian nos sirvió de confidente mudo y de intérprete. Habíame prestado ella un volúmen de las obras de aquel poeta, y debía devolvérsele. Despues de haber colocado en todas sus páginas las fibras de musgo, los granos de yedra negra, las flores azules que cogia ella con preferencia en los setos ó en los tiestos de alelíes de las cabañas, cuando paseábamos juntos, ántes del invierno; despues de haber procurado llamar así su pensamiento hácia mí, é indicar que yo tambien pensaba en sus gustos, ocurrióme la idea de añadir una ó dos páginas al poeta, y de confiar á la sombra de los bardos escoceses aquel amor sin esperanza. Cuidé, pues, de que me pidieran muchas veces el libro ántes de devolverlo, y de citar en veinte ocasiones el número de una página que contínuamente estaba yo leyendo: «Que era, la decia, la cabal espresion de mi alma, que se hallaba empapada en lágrimas de mi admiracion, y que le suplicaba la leyese tambien, pero sola, en su aposento, de noche, con recogimiento, al ruido del viento, entre los pinos y del torrente en su cáuce, que era, sin duda, como la habia escrito Ossian.» Escitada de esta suerte su curiosidad, confiaba en que abriria el volúmen

por la página que contenia el poema de sus propios suspiros.

XI.

Hace tres años hallé los primeros versos entre los papeles del pobre cura de B..., que en aquel tiempo formaba parte de nuestras sociedades de infancia, y á quien entregué una copia de ellos. Porque, ¿qué amor no necesita de un confidente? Hélos aquí con toda su inesperiencia y flojedad. Perdóneme Mr. de Lormian, hoy poeta y ciego como Ossian. Aquello era un eco lejano de la Escocia, reproducido por una voz de niño en las montañas de su país; una paleta sin dibujo alguno; unas nubes sin colorido. Bastó un rayo de la poesía meridional, para que se me desvaneciese más adelante toda aquella fantástica bruma del Norte (1).

A LUCY L...

RECITADO.

«Emblema es de mi alma el arpa de Morven; oye »desde Cromla los pasos de los muertos que se acer»can, y sus cuerdas resuenan solas á la cabecera de »mi lecho, cuando entre ellas se desliza la sombra

(1) En la imposibilidad de conservar fielmente todas las bellezas de esta composicion, por medio de una traduccion rimada, nos hemos decidido á trasladarla á nuestro idioma de la manera que ven nuestros lectores. (N. del T.)

»del porvenir. ¡Sombras del porvenir, levantáos pa-
»ra mi alma! Desprendeos del vapor que os oculta á
»mis ojos..... Mas..... ¿qué estrella desciende?.....
»¿Qué fantasma de mujer posa sus plantas silencio-
»sas sobre el cristal de los cielos? . . . . . .
. . . . . .

»¿Es acaso un sueño que muere? ¿O un alma que
»viene á vivir?..... Confundida con las brumas de
»oro en el éter impalpable, aseméjase á los hilos del
»blanco tejido de escarcha, que hacen ondear en
»nuestras ventanas los sueños del invierno. No so-
»pleis sobre ella, ¡oh tibias brisas marinas! ¡No di-
»sipeis esa sombra, relámpagos del firmamento!
»Aves, ¡no borreis con vuestras alas esas formas
»vagas en que se aparece la vírgen á los ensueños
»de su amante!

»La lucecilla del pescador que boga entre la bru-
»ma, despide rayos ménos dulces aún que su mira-
»da lejana. La lumbre que enciende el pastor en el
»helecho, desaparece ménos vagarosa entre el cre-
»púsculo de la mañana. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

»Bajo su traje infantil que desciende desde sus
»hombros, se dibujan apenas dos globos palpitan-
»tes, cual nudos formados bajo la corteza de los
»sáuces, que acrecen el tronco con las sávias de la
»primavera.

CANTO.

«Reina la noche en los montes. El alud despren-
»dido resbala por intervalos por las pendientes del

»valle, esparciéndose sus fragmentos sobre los sen-
»deros estraviados. El acerado pié de ciervo se sus-
»pende ante aquel ruido: presta oidos al perro que
»le persigue en sueños, y aguarda á que aparezca
»la luna para huir. Al borde del derrumbadero se
»inclina el arbusto, negro y desarraigado, del mis-
»mo modo que el mástil bajo las olas. La corneja,
»que duerme sobre una rama desnuda, despierta y
»lanza un grito que se pierde en las nubes, al propio
»tiempo que esparce con su vuelo en copos blancos,
»la nieve que cubria sus alas. Las nubes, á impulso
»de las húmedas brisas, se agrupan sobre los mon-
»tescuál pirámides de sombra, ó bien cruzan como
»bajeles sobre el espumante golfo, surcando el azul
»del firmamento. El helado viento de Erin, que ni-
»vela la llanura, corta y liquida sobre los lábios el
»aliento conjelado; y el lago, en dónde muere la
»barca encallada, no es sinó un campo de escarcha
»combatido por el huracan. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

»Un techo de bálago cubierto de nieve desde el cual
»sube al cielo la pálida humareda que produce e
»carbon de tierra, en tanto que la voz del perro se
»percibe en tristes ladridos; tales son los únicos
»restos de vida en el seno de aquella muerte. . .
. . . . . .
. . . . . .

»¿Quién es ese joven ó esa sombra, que en medio de
»la noche avanza á paso largo por las orillas del
»helado estanque con un arma en la mano trepa por

»la áspera colina, encuentra á la gamuza, no tuerce »su ruta, y desciende desde las alturas á la cañada »profunda en dónde se bambolea la torre de los an»tiguos señores al borde de las ondas? Su negro le»brel olfatea y ahulla en los bosques, y la brisa gla»cial se impregna de una voz.

CANTO DEL CAZADOR.

»¡Levántate!... ¡Levántate sobre las colinas som»brías, con tus cuernos de plata que ahuyentan las »tinieblas! ¡Levántate, oh luna, y difunde tus páli»dos reflejos sobre aquellos muros! ¡Ellos son el pa»lacio de los ensueños de mi frente! ¡Haz con los »pavorosos rayos de tu casta luz, que brille cada »una de sus piedras ante mis fascinados ojos! ¡Espár»cete sobre sus pizarras, ilumina además mi cora»zon, oh astro mio, con torrentes de languidez!... El »aleli yace muerto en las hendiduras de las almenas: »la yedra es sacudida contra la puerta por los so»plos del Norte, como la capa nevada que el pastor »sacude á su regreso en el patio, ántes de recojerse. »Pero la gruesa pared se entreabre por la maciza »ventana... ¡Luna!... ¡Con tus rayos penetran por »ella mis miradas!.. Allí descubro, al resplandor de »la ancha y alta chimenea, todo un fresno que enro»jecido por el reflejo, arde en el hogar.

EL CAZADOR.

»¿Astro iudiscreto de las noches, qué ves en »aquella estancia?

LA LUNA.

«Los perros del arrogante cazador, que duermen »en el suelo.»

EL CAZADOR.

¿Qué me importan los perros, la gamuza ni la bo»cina?... Astro indiscreto de la noche, mira y dime más.»

LA LUNA.

«A la sombra de un pilar devana la nodriza el ve»llon del cordero con el rápido huso. Sus ojos están »casi cerrados, vencidos por el sueño, hasta que »dormida al fin, inclina la cabeza sobre el hombro, »se olvida del copo que cubre la rueca, la lana cae y »rueda hasta sus pies en la ceniza.»

EL CAZADOR.

«¿Qué me interesa la nodriza con sus dedos carga»dos de años? Astro brillante de la noche, mira y »dime más.»

LA LUNA.

«Entre el hogar y la pared la blanca niña, dejando »sobre sus rodillas su labor y su aguja puesta de codos sobre la mesa.»

EL CAZADOR.

»¡Astro indiscreto de la noche, párate, sobre ella! »observa y prosigue.»

LA LUNA.

«¡Apoyada y pensativa sobre la mesa de encina, »sigue con su vista la forma fugitiva de la sombra y

»de los resplandores, que flotan sobre la pared, »como los insectos sobre un azulado arroyo. Diríase »que sus ojos, fijos en algun misterio, buscan un »sentido oculto en aquellos vanos caractéres, y que »prevee que ha de penetrar en aquella torre la som»bra de indecisas formas, de su futuro amor! ¡No! »¡jamás amante alguno arrebatado de su lecho, en»lazó mas hermoso ensueño con sus brazos adormi»dos!—¡Ves como caen hasta su rodilla sus hermosos »cabellos negros!»

EL CAZADOR.

«¡Soplad, brisas del cielo, entreabrid ese som»brío velo! ¡Nubes de su frente, devolvedme mi »estrella! ¡Dejadme sólo entrever bajo aquel ébano »la blancura de su brazo, que sale de entre la negra »madeja! ¡ó la ondulacion de su esbelto talle, ó aquel »codo torneado sobre que descansa su pensamiento, »ó el lírio de su megilla, ó el azul de su mirada, »cuyo sólo recuerdo me penetra como un dardo! »¡Oh! ¡hija de la roca! ¡Tú no sabes los ensueños »que escitas con ese globo oscuro de tus ojos!... Mi »corazon está suspenso de cada una de las largas »pestañas que velan su languidez, como la abeja del »trébol. ¡Permanece ¡oh! permanece largo espacio »adormecida sobre tu brazo, para saciar el amor del »cazador que te espía! No siento la noche ni la pe»netrante escarcha. ¡Tu hálito es mi hogar, tus ojos »son mi vida, tu pensamiento es la llama de las som»bras que llevo en mi seno! ¡Toda nieve es prima»vera si la doran los rayos de tu alma! ¡Oh! duer-

»me y sueña así, apoyada en el brazo tu cabeza!... »¡y mañana, cuando te despiertes, puedan mis pe»netrantes miradas, incrustadas en la piedra, per»manecer dentro de los muros y decir á tus párpa»dos que un fantasma ha velado por tu sueño! ¡y »ojalá busque su nombre al despertarte! . . . .

. . . . . .

RECITADO.

«Así cantaba durante la estrellada noche, al pié »de la aislada torre, el bardo de los negros cabellos, »y transidos por el frio le dejaban sólo sus perros, y »la escarcha al caer le cubria con un sudario, y el »viento que helaba la sangre en las arterias, leador»mecia por grados con el sueño de sus padres, y los »lobos que erraban sin direccion por la nieve, ahu»llando de gozo ante los muertos, le olfateaban para »el siguiente dia. Y mientras que moria al borde de »precipicio, la vírgen, ya despierta, escuchaba á la »nodriza que narraba en voz baja sucesos de otra »edad, ó arrancaba con sus dedos un sonido al arpa, »ó golpeando los tizones de brillantes reflejos, leia »su destino en el vuelo de las chispas, ó miraba dis»traida, á favor de la llama del nogal, cómo rever»beraban las paredes los resplandores del hogar.»

(Milly, 1805, 16 de Diciembre.)

XII.

Una noche al separarnos le entregué el libro, aumentado con estos versos, que leyó sin cólera, y

probablemente sin sorpresa. Respondióme á ellos con un poemita ossiánico, tambien como el mio, intercalado en las páginas de otro volúmen. Sus versos espresaban sólo el sentimiento melancólico de una vírgen de Morven, que ve partir el navío en que va su hermano para tierras lejanas, y que se queda llorando al compañero de su juventud á orillas del torrente natal. Aquella poesía me pareció admirable y muy superior á la mia; y era en efecto más correcta y bella. Abundaban en ella esas notas que no conoce la retórica, y que únicamente existen en un corazon de mujer. Nuestra correspondencia poética siguió algunos dias estrechando, por esta confidencia de los pensamientos, la intimidad que ya existia entre nuestros ojos.

XIII.

Siempre nos parecian demasiado cortas las horas que pasábamos juntos, durante los paseos ó las reuniones de familia, contemplando la inculta fisonomía de las montañas, los abetos cargados de nieve, semejantes á fantasmas que arrastran sus sudarios; la luna entre las nubes y la espuma de la cascada, de donde se eleva *el arco de la lluvia*, de que habla Ossian. Aspirábamos á gozar de estos espectáculos nocturnos en las noches que más completamente nos pertenecian, por comunicarnos uno á otro con mayor libertad con que osábamos hacerlo ante los indiferentes, las juveniles é inagotables emociones de nuestras almas en presencia de las maravillas de

aquella naturaleza, tan en armonía con las maravillas de nuestros primeros éxtasis y de nuestras admiraciones primeras.—«¡Cuán bellas serian las horas, »nos deciamos frecuentemente, si las pasásemos re»unidos, en la soledad y al silencio de una noche de »invierno, hablando sin testigos y sin término de las »más secretas emociones de nuestras almas, como »*Fingal, Morni y Malvina* sobre las colinas de sus »abuelos!....»

Nuestros ojos se cubrian de lágrimas de deseo y de entusiasmo á estas imágenes anticipadas de felicidad poética con que osábamos soñar en aquellas pláticas, hurtadas al dia y á la vista de nuestros padres. A fuerza de hablar de ello se apoderó de nosotros el deseo de realizar aquel ensueño de niños, y llegamos á concertar en secreto, pero inocentemente, el medio de proporcionarnos el uno al otro aquella felicidad de imaginacion. Nada más fácil desde el momento en que nos entendimos, rogando yo con pasion y concediendo ella sin recelo ni resistencia.

XIV.

La torre que habitaba Lucy al estremo de la reducida morada de su padre, tenia por base un terrado, cuya pared, construida en forma de baluarte, asentaba sus cimientos en lo profundo del vallecito inmediato al torrente. El declive de la muralla era bastante suave. Las malezas, los abrojos y los musgos, crecidos en las hendiduras de las antiguas piedras, resquebrajadas por el tiempo, permitian á un

hombre ágil y atrevido llegar arrastrando hasta la cima del parapeto, y saltar desde allí al pequeño jardin que ocupaba el estrecho espacio del terrado al pié de la torre. Daba al jardin una puerta baja de la torre, abierta al pié de una escalera de caracol. Aquella puerta, que se aseguraba por la noche con un cerrojo interior, podia ser abierta por la mano de Lucy, logrando así pasear en el jardin en tanto que dormia su nodriza. Yo conocia perfectamente la pared, el terrado, el jardin, la escalera y la torre. No nos faltaba por lo tanto sino resolucion suficiente, á ella para bajar allí, y á mí para subir. Por último, convenimos en la noche, la hora y la señal que habia yo de hacer desde la colina opuesta, quemando un cebo de mi escopeta.

Lo más embarazoso para mí era salir de noche y ocultamente de casa de mi padre. La maciza puerta del vestíbulo, sobre la escalinata, no se abria sino con un estrépito de enormes cerraduras, mohosas, barras y cerrojos, cuyo ruido no podria ménos de despertar á mi familia: dormia yo en un cuarto alto del primer piso, desde el cual podia descolgarme suspendiéndome de una sábana y saltando desde su estremo al jardin; pero despues no podria volver á subir. Una escalera, que en buena hora se dejaron allí los albañiles que habian estado trabajando algunos dias en los lagares, me sacó felizmente del apuro: cuidé, pues, de colocarla por la tarde contra la pared de mi habitacion. Esperé con impaciencia á que hubiera dado el relój las once, y á que no se percibiere en la casa el menor ruido; abrí cautelosamente la

ventana, y bajé con la escopeta en la mano al paseo de los avellanos. Mas, apenas habia dado algunos pasos silenciosos sobre la nieve, cuando resbalándose con estrépido la escalera sobre la pared cayó al jardin. Un perro grande de caza, que dormia á los pies de mi cama, se habia lanzado en pos de mí al verme salir por la ventana: enredáronse sus patas en los peldaños de la escalera, y con su propio peso la hizo caer al suelo. En cuanto se desenredó corrió hácia mí y empezó á hacerme caricias. Por la vez primera en mi vida lo rechacé con rudeza y fingí pegarle para impedir que siguiera. Él se echó á mis pies, vióme saltar la pared, que separaba el jardin de la viña, y no hizo el menor movimiento.

XV.

Atravesé los campos, los bosques y los prados, sin encontrar á nadie hasta el borde del barranco opuesto á la casa de Lucy. Allí quemé el cebo: una ligera luz que brilló por un momento en la ventana de la torre, me respondió; dejé la escopeta al pié del inclinado muro, arrastréme por él y salté al terrado. La puerta de la torre se abria en aquel mismo instante. Lucy, salvando el último escalon y marchando como quien trata de ensordecer el ruido de sus pasos, se dirigió al paseo en que yo esperaba casi oculto en la sombra. Una luna espléndida iluminaba con sus sombríos pero deslumbradores destellos el resto del terrado, las paredes, las ventanas de la torre y las laderas del valle.

Habiamos llegado por fin al colmo de nuestros sueños; latian nuestros corazones, y ni osábamos mirarnos ni dirigirnos la palabra. Sin embargo, limpié con la mano un banco de piedra cubierto de nieve helada: estendí sobre él mi capa, que llevaba doblada debajo del brazo, y nos sentamos un poco distantes uno de otro. Ninguno de los dos rompia el silencio, nos contentábamos sólo con mirar, ya á nuestros pies, ya á la torre, ya tambien al cielo. Yo por último cobré ánimo:

—«¡Oh Lucy, la dije! ¡cuán pintorescamente se »refleja la luna en los hielos del torrente y en las »nieves del valle! ¡Qué felicidad es el contemplarla »al lado vuestro.»—«Sí, me contestó, todo es más »bello observándolo al lado de un amigo que com»parta nuestra admiracion hácia esos paisajes.» Iba á proseguir cuando un cuerpo grande y negro, pasando como una bala por encima del muro del parapeto, rodó por el paseo y vino en dos ó tres brincos al lado nuestro ladrando de alegría.

Era mi perro, que siguiéndome desde léjos, y viendo que no volvia á bajar, habia olfateado la pista y salvado como yo el muro del terrado. A su voz y á sus saltos en el jardin respondieron los perros del patio con prolongados ladridos, y vimos en el interior de la casa el resplandor de una lámpara que pasaba de ventana en ventana dirigiéndose hácia la torre. Nos levantamos, y Lucy corrió á la puerta de la escalera, cuyo cerrojo la oí echar precipitadamente. Yo, y mi perro tras de mí, nos deslizamos hasta el pié de la muralla y en los prados, interrnándome á largos pasos en las oscuras gargantas de las montañas, y maldiciendo la importuna fidelidad del pobre animal. Al llegar al pié de la ventana de mi cuarto estaba transido de frío.

Volví á colocar la escalera, y me acosté al amanecer, sin otro recuerdo de aquella primera noche de poesía osiánica, que los pies mojados, los miembros transidos, la conciencia algo avergonzada de mi timidez para con la encantadora Lucy, y un enojo bastante reprimido hácia mi perro, que tan oportunamente habia interrumpido una conversacion que nos era á la sazon más embarazosa que grata.

XVI.

Tal es el fin que tuvieron aquellos amores imaginarios, que comenzaban á inquietar algo á nuestros padres. Habian notado mi salida nocturna, y apresuraron mi viaje ántes de que se hiciese más séria aquella niñería. Lucy y yo nos juramos amor por todos los astros de la noche; por las ondas todas del torrente, y por todos los árboles del valle; juramentos que se derritieron con las nieves de aquel invierno. Partí á París y á otras grandes ciudades para acabar mi educacion. Lucy se casó durante mi ausencia; fué una buena esposa, labró la felicidad de su marido, á quien amó, y murió jóven, en una posicion tan vulgar, cuanto habian sido poéticos sus sueños. Aun entreveo algunas veces su sombra melancólica y diáfana sobre el pequeño terrado de la torre

de*** cuando paso, durante el invierno, por el fondo del valle, y el viento del Norte encrespa las crines de mi caballo, ó los perros ladran en el patio de aquella abandonada mansion.

LIBRO UNDÉCIMO. (1)

I.

En 1814 habia yo entrado en la servidumbre militar del rey Luis XVIII, como todos los jóvenes de mi edad, cuyas familias eran adictas por tradicion á la antigua monarquía. Formaba yo parte de los cuerpos de aquella guardia que debia marchar contra Bonaparte, primero á Nevers, despues á Fontainebleau, y á defender por último á Paris en union con la guardia nacional y con los jóvenes de las escuelas que se habian alistado voluntariamente y por solo el entusiasmo de la libertad, para combatir la invasion de los soldados de la isla de Elba.

Quince años há que se está desfigurando indigna-

(1) Los libros VII al XI de *Las Confidencias* contiene el episodio que con el título de *Graziella* corre impreso en cien ediciones distintas, alguna de las cuales habrá de seguro caido en manos de nuestros lectores.